



DIRECTORA HONORARIA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera
INFANTA DE ESPAÑA

Núm. 48

Salamanca, Junio de 1918

Año V

El poeta salmantino Armendariz

y

SAN JUAN DE SAHAGÚN



EL día 12 de los corrientes, festividad de San Juan de Sahagún, se celebró en Salamanca una solemnísimas fiesta, dispuesta y organizada por el Excmo. Prelado, para pedir al Príncipe de la Paz por mediación del pacificador de los Bandos famosos salmantinos, la que tanto necesita la Humanidad. Con tal motivo, y en nuestro deseo de dar a conocer, o por lo menos recordar nuestras cosas, me pareció oportuno decir algo de un salmantino ilustre y olvidado, Julián de Armendariz, autor del poema biográfico *Patrón salmantino*, rarísimo libro que es hoy muy difícil encontrar. Fué Julián de Armendariz natural de Salamanca, vivió y murió en Salamanca, mereció ser citado por Cervantes en su *Viaje del Parnaso* y por Lope de Vega en la famosa carta al duque de Sessa, en la que aunque en tono de zumba mezcla el nombre de nuestro poeta con el de Cervantes y Don Quijote;

Agustín de Rojas, en la loa de la comedia del *Viaje entretenido* le cita con elogio a par de los príncipes de la escena española. Bien merecía este poeta, siquiera por parte de los naturales de Salamanca, que algún erudito le hubiera consagrado sus estudios y dado a conocer su curiosísima personalidad literaria.

Para reproche y vergüenza nuestra, en los Estados Unidos, en la ciudad de Filadelfia, se ha publicado muy recientemente—el año 1917—un primoroso libro con cinco fotograbados, donde estudia a nuestro poeta S. L. Millard Rosenberg, doctor en Filosofía, profesor de Lenguas romances en el Colegio Girard y Miembro corresponsal de la Hispanic Society de América (I), publicando la comedia *Las burlas veras*, comparándola con las de igual título de Calderón y Lope de Vega.

Fitzmaurice-Kelli no cita a Armendariz en su obra *Litterature Espagnole*, París, 1913, y esta misma omisión encontramos en los restantes manuales de literatura española que hemos podido manejar.

En nuestra ciudad serán muchísimos los que no han oído hablar de Armendariz, sin que se nos alcance por el momento la causa del olvido del cantor de santo tan popular como el glorioso Patrón de Salamanca.

Quizá la rareza de las impresiones de las obras de este autor y hasta lo exótico de su apellido—el linaje de los Almendariz o Armendariz, parece evidentemente vasco—, han podido influir para que el nombre de este poeta y autor dramático, no suene en nuestros oídos como cosa nuestra.

Los datos biográficos de Armendariz hoy conocidos, son los siguientes:

En el prólogo al lector del *Patrón salmantino*, se llama Armendariz, hijo natural de Salamanca.

Doña Blanca de los Rios en su obra *Del siglo de Oro (estudios literarios)*, consigna la matrícula de Armendariz en la Facultad de Artes y Filosofía de la Universidad de Salamanca, con estas palabras:

14 de Diciembre de 1599.
Julian de Almendariz
natural de Salamanca.

(I) Comedia famosa de *Las burlas veras* de Julián de Armendariz, edited from the manuscript in the R. Biblioteca Palatina at Parma, with an introduction and notes and with some account of the Life and Works of Armendariz by S. L. Millard Rosenberg, Ph. D. Philadelphia, 1917.

En la *Bibliografía madrileña*, de Pérez Pastor, puede el lector encontrar documentos de interés para la vida de nuestro poeta y sobre todo el inventario de los bienes que dejó Armendariz en Madrid publicado en el tomo III de la mencionada *Bibliografía madrileña*, página 328, donde consta que falleció en Salamanca el 27 de Septiembre de 1614 y que se le enterró en la iglesia de San Tiuste (Justo) y Pastor.

Entre los muebles inventariados figuran «un repostero viejo con las armas de los Almendaris»; «Dos cuadros pequeños con sus marcos, el uno de Nuestra Señora y el otro de Señor San Juan»; «Seis libros del Santo Sahagún nuevos»; «Dos figuras pequeñas de alabastro»; «Dos legajillos de papeles de comedias»; «Cinco reposteros viejos con las armas de los Almendaris»; «Una canasta en que había veintitres libros italianos y de romance, viexos». Finalmente el profesor norteamericano Rosenberg publica el testamento del poeta, muy interesante, donde entre otras cosas que acreditan la religiosidad y fortuna del otorgante se encuentra la institución de una Capellanía en la iglesia de San Tiuste (Justo) para que el capellán *perpetuamente para siempre jamás me diga tres misas rezadas en cada semana, las cuales haya de decir a las once en invierno y a las diez en verano.*

También aparecen detalles referentes a su familia, pues el poeta habla de dos hermanas religiosas en Piedrahita y de un hermano religioso de la Orden de San Francisco llamado Fray Juan de Almendaris. Otro Almendaris aparece como *pariente* y vecino de Alba de Tormes llamado Antonio Almendaris.

El poema biográfico "Patrón salmantino,"

La obra cuya portada hoy publicamos, se ha hecho tan rara, que es difícilísimo encontrarla. En la biblioteca universitaria no existe, y ya el señor Villar y Macías advierte que no conocía en Salamanca más ejemplar que el que él poseía, que es el que hemos podido consultar.

El grabado está tomado de la edición de Filadelfia a que constantemente nos referimos y ésta a su vez lo tomó del ejemplar existente en la Biblioteca Nacional y que perteneció al erudito Gayangos, pues el que poseyó el historiador de Salamanca señor Villar y Macías llegó a nuestras manos después de encargarse el fotografa-

do. Debemos advertir que el tamaño del libro no es el que indica la estampa, sino mucho menor, pues su tamaño es en 8.^o

El dibujo de la portada se refiere al hermosísimo episodio de la vida de San Juan, quien tuvo la incomparable merced de ver a Dios cara a cara al elevar la Hostia entre sus manos en el Santo Sacrificio de la Misa. Santo Tomás de Villanueva nos refiere que llegaron a quejarse al Prelado por el desmedido tiempo que Fr. Juan tardaba en la misa;

tan de espacio la dezia,
que mas de vna hora tardaua,
del Sanctus que consagraba
al Agnus que consumia

obligando al bendito Patrón a declarar que sus ojos pecadores veían al Señor en el acto de la elevación de la Sagrada Hostia.

Estas humildes y santas palabras hicieron caer de rodillas al Prelado delante de San Juan de Sahagún, siendo este episodio bellísimo de la vida de nuestro Patrón, algo parecido al del ingénuo clérigo de Berceo, que siempre decía la misa de la Virgen y el Prelado depone su ira y entrega sus propias ricas vestiduras al acusado sacerdote por inspiración de la Santísima Virgen.

La ocasión de escribir Armendariz el poema biográfico «Patrón Salmantino» la indica el mismo prólogo con estas curiosas palabras: «Fué que desde mi niñez padecí una exquisita y penosa enfermedad que los médicos llaman Epilepsia, que es el caso que refiere Galeno en el libro 3. C. 7. *De locis affectis*». Dieciocho años, sigue diciendo el poeta, fué víctima del *venenoso accidente* sin que alcanzara remedio con los más eficaces *auxilios de la medicina, assi en España como en Italia*. El poeta se encomendó a San Juan de Sahagún y recobró la perdida salud y fuerzas y en *agradecimiento* escribió el poema biográfico «Patrón Salmantino», «inquiriendo archivos, revolviendo papeles, disputando historias y al fin averiguando antigüedades».

A pesar de estas terminantes expresiones de histórica erudición el poema no tiene ese carácter ni convenía a motivo tan popular como el tratado por Armendariz.

El poema distribuído en diez cantos de copiosísimas redondillas—esquema métrico *abba*—, tiene verdaderos aciertos líricos, al igual que la *Vida de San Isidro Labrador*, de Lope, que muy pronto se publicará en cuidada edición crítica.

Para que el lector juzgue el mérito de este poema, insertaremos

PATRON
SALMANTINO

DE IVLIAN DE

ARMENDARIZ SCUAL de GAYANGOS

A DON LUIS CARRILLO
Conde de Carazena.

La llama de en justo zelo



Rompe el aire y rasga el cielo.

EN SALAMANCA, Por Artus Taberniel.

Año .M. DC. III,
Armenariz

TITLE-PAGE OF THE FIRST EDITION OF ARMENARIZ'S *Patron Salmantino*,
IN THE BIBLIOTECA NACIONAL AT MADRID.

PORTADA DEL «PATRÓN SALMANTINO»
TOMADA DE LA EDICIÓN DE ROSEMBERG,
«LAS BURLAS VERAS», FILADELFIA 1917

algunas redondillas, las primeras referentes al nacimiento de Fray Juan que llevó este nombre por nacer el día 24 de Junio, fiesta de San Juan Bautista.

Con mucha delicadeza y gracia saca partido Armendariz de esta coincidencia, pues la noche y la mañana de San Juan han dado ricos motivos líricos a las letras españolas.

Finge el poeta que en la mañana de San Juan un coro de doce doncellas:

A coger las yeruas santas
que en el alba madrugaron,
dando al valle que pisaron
nueva virtud con sus plantas.

Con general alegría
las doze un coro formaron
y al niño Apolo llegaron
quando el Sol amanecía.

De las donzellas hermosas
la mas perfecta en belleza
puso al niño en la cabeza
una corona de rosas.

De estas rosas mañaneras de San Juan las más frescas y olorosas pues en tal día

Las flores brotando están
con nueva solicitud,
porque tienen más virtud
la mañana de San Juan.

Aparte del alarde de erudición mitológica—casi siempre referida a fenómenos celestes—, muy representativo en los escritores del xvii, en general el poema busca y explota los motivos populares de la tradición. Tiene vigor la pintura de D.^a María la Brava y aún más acaso la de la viuda abandonada por el mancebo galán con quien tenía ilícitos amores, rotos para siempre por el sermón famoso de Fr. Juan.

Suma delicadeza el milagro de simplicidad que tuvo lugar en un convite de bodas. Pusieron al bendito Fraile un pichón asado y el humilde Juan estuvo gran rato pensativo sobre el símbolo del Espíritu Santo y con grandísimo respeto no se atrevía a tomar bocado porque «allí la imagen vía, de la dulce Ave María». Pero la Providencia le sacó bonitamente de apuros cuando ya los convidados reían maliciosamente los melindres del frailito, porque

El tierno pichón asado
viendo a Juan tan congoxoso

dando un vuelo milagroso
del plato se ha levantado.

Es creencia admitida que San Juan de Sahagún murió envenenado por la libidinosa viuda, de cuyos brazos arrancó la palabra de unción del gran predicador al mancebo salmantino. Y en esto es también semejante nuestro Santo al Bautista. Por eso Armendariz, en las postrimerías del poema en el *Canto nono*, que es para mí el más bello, habla de las yeruas emponzoñadas «que puestas para pisadas» le iban secando hasta consumir su preciosa vida. Y si popular fué el canto de las doncellas que madrugaron con el Alba para traer flores sanjuaneras al prodigioso niño de Sahagún, bellísima y muy popular de raigambre medieval es la serie de maldiciones a tales yerbas, al soplo que dió nuevo esfuerzo a su pimpollo, a la tierra, a la luz y aire que las alimentó:

Mal aya, y peor espere
el aue que allí cantare,
El pastor que apacentare,
y el ganado que paciére.
Maldiga Dios el rocío
que tales plantas bordaua,
y el agua que las regaba
de nube, de fuente, o río.

Sigue maldiciendo la luz que las coloró; la vega, monte, valle o sierra que las crió, las flores que entre ellas nacieron; el que traspasase su margen, orilla, o playa

y sobre todo mal aya
la mano que las tocare.

Y finalmente:

Vn Baptista viene a ser
pues corta el hilo a sus días
otra lasciuia Erodias
rebelde torpe muger.

Anotaremos como curiosidad que cuantas veces cita el poema al famosísimo fundador del Colegio de San Bartolomé, siempre se lee Añaya en lugar de Anaya, no siendo presumible fuera por errata; pues en la fe de las mismas no está consignado.

También ofrece curiosidad la alusión a los *enigmas* del Claustro alto de la Universidad que parece atraían la atención de los visitantes, pues entre otras cosas que perderán su valor en la ciudad comparadas con la riqueza de poseer las cenizas del glorioso Patrón que

absorberán la devota atención de salmantinos y forasteros, dice:

No preciará ya las telas
de la gran ciudad costosas,
ni las enigmas curiosas
de los dibuxos de Escuelas.

Por la mucha extensión que va alcanzando este artículo, dejamos para el número próximo (D. m.) el estudio de la comedia *Las burlas veras*.

Adelantamos, sin embargo, nuestra agradabilísima impresión al conocerla. Tiene escenas de una riqueza teatral y de esplendor lírico y descriptivo como lo mejor de los mejores autores de nuestro teatro clásico. Además, las alusiones a Salamanca son continuas y muy interesantes, sobre todo el tipo de gracioso, Lamparilla, un pícaro capigorrón de Mollorido—también patria del pícaro Cortadillo (1)—que imita el latín macarrónico de los Dómines para salvar las más graves crudezas de expresión de su lengua graciosa y no poco atrevida, como de comensal de Tinelos y mesones de la gente rahez.

Agreguemos que en torno a nuestro Santo en fechas solemnes como la de la prestación del voto de la ciudad de Salamanca de tenerle por Patrón y guardar su día y la Canonización, se ha formado una copiosa literatura que refleja los gustos de la época. Así la *Exposición panegírica* de Alvarez de Ribera, de más de 600 páginas, y publicada en 1696, relatando las suntuosísimas fiestas de la Canonización en Salamanca. Este libro está mencionado por Villar y Macías y por el P. Cámara.

El que no he visto citado en ninguna parte es el siguiente que he encontrado en esta Biblioteca universitaria, de curiosísimo carácter satírico: *Certamen contra certamen. Censura de la Justa poética sagrada sentencia de Apolo contra ella... Ofrecense a los ingenios otros más justos y fundados en Historias verdaderas sacanse a luz por mandado de Apolo a costa de las nuevas Musas. Vendese en el Parnaso, junto a la fuente Castalia*. Tal es esta obra que no hay que advertir está impresa sin lugar, autor ni año, pero que ofrece interesantes temas de trabajo.

Antonio GARCIA BOIZA.

(1) Vid. nuestro artículo *La patria de Cortadillo* en LA BASÍLICA TERESIANA. Diciembre, 1915, pág. 351, o el resumen del mismo hecho por la *Revista de Filología española*, tomo IV, pág. 407, año 1917.



Exposición mística del Cantar de los Cantares

(CONCLUSIÓN DE LA INTRODUCCIÓN)

Expresiones chocantes y dificultades que ofrece

VERDAD es que en este *Cántico* se encuentran muchas cosas difícilísimas de entender y no pocas expresiones capaces de desconcertar o chocar a primera vista, como aparentemente atrevidas y desde luego muy distintas de las que hoy suelen comunmente emplearse; y ciertas descripciones que, a ojos humanos, pudieran ser tenidas por demasiado *realistas*.—Sin embargo, a las almas sencillas y espirituales, a quienes son insoportables las lecturas profanas o menos decorosas, lejos de ofrecerles ésta ninguna idea baja y grosera, las eleva y encanta como la de ningún otro libro, hallando así en éste sus más puras delicias (1). Y sabiendo muy bien que, como dice Santa Teresa, aunque se mencionen cosas materiales, es como si no hubiese cuerpos y se tratara de puros espíritus, pues este amor es del todo espiritualísimo y divino (y quien otra cosa vea, aún no está para leer ni entender esto), nunca, ni por sueños, se les ocurre tomarlo así como suena; antes viendo claro que, por los distintos miembros del cuerpo, se dan a entender las ocultas condiciones del alma y las singulares cualidades de los místicos esposos, comprenden mejor que nadie hasta la

(1) Aunque es verdad que no está hecho para ponerse indistintamente en todas las manos, con todo eso, conforme dice Fillion, es indudable que «respira, en sus menores detalles como en su conjunto, una pureza inmaculada, una santa gravedad; y nada hay en él que no sea digno del Espíritu de Dios. En todo tiempo, las almas más castas, las más elevadas, las más santas, han encontrado allí sus delicias, y de él se han valido admirablemente para encenderse en amor de Dios».

oportunidad que hubo de emplear ciertos términos y comparaciones que a otros pueden parecer muy chocantes (I).

Mas respecto a esto es de advertir que muchas de las cosas que hoy a primera vista nos extrañan y chocan, resultando a veces muy difíciles de entender,—como por ejemplo la comparación que allí se hace de los dientes y cabellos con rebaños de ovejas y cabras—, nada nos extrañarían si viviésemos entre pastores, y menos en aquellos tiempos y circunstancias, en que se mostraba muy claro el sentido de esas y otras expresiones que hoy parecen tan oscuras.

En general la oscuridad de este libro proviene ante todo de la misma elevación de ideas y alteza de sentimientos, de que mal podrá hacerse cargo quien no esté ya más o menos iniciado en los inefables misterios del divino amor. Pues como advierte Fr. Luis de León (*l. cit.*), esa oscuridad o difícil inteligencia se encuentra «en todas las escrituras adonde se explican algunas grandes pasiones o afectos, mayormente de amor, que al parecer van las razones cortadas y desconcertadas; aunque a la verdad, entendido una vez el hilo de la pasión que mueve, responden maravillosamente a los afectos que explican, los cuales nacen unos de otros por natural concierto; y la causa de parecer así cortadas es, que en el ánimo enseñoreado de alguna pasión vehemente no alcanza la lengua al corazón, ni se puede decir tanto como se siente, y aun eso que se puede, no se dice del todo, sino a partes y cortadamente, una vez el principio de la razón, y otra vez el fin sin el principio; que así como el que ama siente mucho lo que dice, así le parece que, en apuntándolo él, está por los demás entendido; y la pasión con su fuerza y con increíble presteza le arrebatada la lengua y corazón de un afecto en otro, y de aquí son sus razones cortadas entre sí, porque responden al movimiento que hace la pasión en el ánimo del que las dice; la cual quien no la siente o ve, juzga mal de ellas».

Por eso, «en este sagrado epitalamio, según advierte San Bernardo (*Serm. 79 in Cant.*), más deben pesarse los afectos que no las palabras. Porque el amor santo, único objeto y materia de este libro, no consiste en hablar, sino en obrar en verdad. El amor es el que aquí lo dice todo; y así el que quiera entender lo que en este escrito se lee, ame. El que no ama en vano se cansa en escuchar o

(I) «Notemus quidem quam mirabiliter, quam misericorditer nobiscum operatur, qui ut nos ad amplexus sacri amoris accendat, usque ad turpis amoris nostri verba se inclinatur. Sed unde se loquendo humiliatur, inde nos intellectu exaltatur». San Gregorio M., *Prol. in Cant.*

leer el cántico del amor; porque es del todo imposible que sus expresiones de fuego las comprenda un corazón helado. A la manera que no puede entender al que habla en griego quien no conoce esta lengua..., así mismo sucede con el lenguaje del divino amor, que parece bárbaro y extraño al que no ama».

Y no basta cualquier amor: para entenderlo bien, añade, se requiere el de las almas que de veras aspiran al místico desposorio.—Entonces es cuando con el mismo trato del Verbo divino, según observa San Lorenzo Justiniano, se aprende el arte de amarle y el lenguaje de su amor (1).

«Lo segundo que pone oscuridad, prosigue Fr. Luis, es ser la lengua hebrea, en que se escribió, de su propiedad y condición lengua de pocas palabras y de cortadas razones, y esas llenas de diversidad de sentidos, y juntamente por ser el estilo y juicio de las cosas en aquel tiempo y en aquella gente tan diferente de lo que se platica ahora; de donde nace parecemos nuevas y extrañas y fuera de todo buen primor las comparaciones que usa este libro, cuando el esposo o la esposa quiere más loar la belleza del otro».

De ahí la *conveniencia y oportunidad* de explicarlo llanamente y ponerlo al alcance de todas las almas piadosas que ardientemente desean animarse y edificarse con tan santa lectura.—Esta oportunidad es indiscutible, a pesar de cuantas prevenciones suele haber en contra. Pues la Santa Iglesia pone en mano de todos el *Breviario*, deseando que todos tomen parte, como en otros tiempos la tomaban, en el rezo litúrgico. Y allí vemos que figura casi todo este *Cántico*, cuyas hermosísimas lecciones embalsaman con perfumes del todo divinos las festividades de la Sma. Virgen y de las Santas más abrasadas en el amor de Dios, y vienen a ser el encanto de todas las almas puras. Allí lo ven y oyen cuantos entienden latín, sean hombres o mujeres, adultos o niños; y lo que no ven, y les convendría mucho para entenderlo rectamente y sacar de allí el fruto que la Iglesia desea, es una explicación sencilla y compendiosa.

Esto fué, sin duda, lo que movió a San Francisco de Sales a tratar de ponerlo de algún modo al alcance de todos lectores de su *Vida devota*; y esto mismo animó también nuestra cortedad a es-

(1) «Ex magisterio quidem Verbi ars discitur amoris. Ii norunt optime quid sit amor, ad quos Dei Sapiencia declinare consuevit, aliosque instruere valent amoris vicissitudine. Omnes diligentes se diligit, *neminem se dignum pertransit*, quin sua illustret praesentia. Non tamen uniformiter, non semper eodem modo, non pari affectu. . . A corde perfecti diu abesse non valet Sponsus».—S. Laur. Justin., *De casto connubio*, c. 14.

forzarnos por explicarlo detalladamente en clase a nuestros alumnos de Sagrada Escritura (1915-1916) para que puedan entenderlo bien en el coro, y a su vez proponerlo santamente desde el púlpito, sin exponerse a citarlo de un modo tan desastroso como tantas veces sucede a los que no lo estudian. Luego creímos prudente acceder a los piadosos deseos de unas devotísimas Religiosas (las Reparadoras de Madrid) que, para su mayor aprovechamiento, nos rogaron les expusiéramos en una breve serie de pláticas los grandes misterios de la vida espiritual allí tan compendiosa y maravillosamente enseñados. Y como una de ellas (la M. M.^a del G. P.) acertara a tomar nota de esas explicaciones, resumiéndolas con toda la fidelidad que pudiera desearse, nos pareció conveniente, en vista del interés con que muchos procuraban aprovecharse de esas anotaciones, acceder también al doble ruego que se nos hizo de publicarlas enseguida casi tal como estaban en esa forma sencilla y compendiosa que pudiera servir a muchas almas buenas que con eso se contentarían; y de ampliarlas luego, para mayor utilidad, haciendo otra exposición más completa y detallada que aspirara a satisfacer los deseos de quienes no se contenten con tan poco.

Publicada, pues, ya la primera, que hemos titulado *Declaración brevísima del Cantar de los Cantares, según la versión del P. Scio, para uso de personas espirituales* (1), creemos llegado el momento de publicar también la segunda, o más extensa, con este nuevo título de *Exposición mística del mismo Cantar*.—Para redactarla hemos procurado juntar dichas anotaciones con otras tomadas en clase por nuestros alumnos, y completarlas tratando el asunto más a fondo y más por extenso, a la vez que más en conformidad con el texto hebreo, cuyo sentido hemos tenido siempre muy presente (2), aunque sin abandonar por eso el tenor de la Vulgata a cuyas expresiones, consagradas por el uso continuo de la Iglesia, tan habituados están casi todos nuestros lectores.—Luego hemos cuidado de ilustrar y corroborar nuestra pobre doctrina con las luces y testimonios de los SS. Padres y de los grandes Místicos y Maestros de espíritu, a fin de que así reciba, junto con algo de la unción especial de que ellos tienen el secreto, la solidez y seguridad necesarias para poder infundir a las almas tranquilidad y alientos.—De este modo procurábamos, en cuanto estaba de nuestra parte, que esta *Exposición* viniera a ser útil no sólo a muchos corazones ansiosos

(1) Vergara, tipografía de El Smo. Rosario, 1918, 48 págs. en 4.º; a 0,60.

(2) Para más claridad hemos conservado en nuestra versión el paralelismo de las frases, o sea el corte de los versos hebreos.

de aprovechar en la vida espiritual y crecer en la íntima unión con Dios, sino también a cuantos desean conocer más a fondo las vías del espíritu, las maravillas de la vida mística y los misterios del amor hermoso.

Mas para no alargarnos demasiado, atuvímonos principalmente al místico Desposorio del Verbo divino con todas las almas fieles, contentándonos tan sólo con indicar a veces lo tocante a la Iglesia—o a la Sinagoga—y a la Santísima Virgen; lo cual pertenece más bien a otra suerte de obras, dogmáticas, exegéticas o apologéticas.

Y aunque así y todo, con tan escasas luces y tanta falta de experiencia, pueda nuestra empresa parecer muy demasiado atrevida, no queremos desistir de ella, por creerla tan necesaria; confiando en la bondad del Señor que nos ayudará a realizarla en la medida conveniente, y alentándonos con aquellas significativas palabras con que a sí misma se alentaba la mística Doctora Santa Teresa, diciendo (*l. cit.*): «Doy por bien empleado el tiempo que ocupare en escribir y tratar con mi pensamiento tan divina materia, que no la merecía yo oír».

Y tratándola con amor, quizá logremos aficionarnos cada vez más a ella, y así poner más cuidado en disponernos como es debido para poder experimentarla; y entre tanto nos alegraremos de contribuir a que otros se aficionen más de veras y saquen de ahí el fruto que nosotros no supimos hasta ahora sacar. Edifiquemos si quiera cuanto es posible con la doctrina, ya que no acertemos a hacerlo igualmente con el ejemplo; esperando que nuestros discretos lectores, en vez de ser muy exigentes, nos agradecerán ese humilde servicio, y con sus fervientes oraciones tratarán de remediar nuestra flojedad y tibieza, teniendo muy presente lo que a este propósito dice San Juan Clímaco (*Escala espiritual*, c. 26, § IV): «No seas muy desabrido y severo juez, cuando vieres algunos enseñar cosas grandes, y vivir negligentemente; porque muchas veces con la utilidad de la doctrina se suple el defecto de las obras. Porque no todos tienen igualmente todas las cosas, porque unos se señalan más en las palabras que en las obras, y otros en las obras que en las palabras; y pocos hay que lo tengan todo».

Así debemos procurar, como nos lo encarga el Príncipe de los Apóstoles (I *Ptr.* 4, 10), administrar del mejor modo posible en beneficio de los demás la gracia recibida, a fin de ser siquiera «*buenos dispensadores de la multiforme gracia de Dios*».

¡Que Él se digne bendecir este humilde trabajo y lo haga servir todo para su mayor gloria y bien de tantísimas almas como hay se-

dientas de esta doctrina, y ansiosas o muy necesitadas de conocer los encantadores misterios del divino amor, y sin hallar quien les ponga a su alcance ni les facilite el poder beber la mística agua de la saludable sabiduría!... ¡Él lo bendiga, ya que tanta falta hacen esta suerte de trabajos y de tantos modos nos está Él mismo invitando a emprenderlos!...

«Ciertamente, advertía el Melífluo Doctor San Bernardo (*in Cánt. Serm. 39. n. 5*), que, acordándome de este verso (Ps. 118, 130): *La declaración de vuestras palabras, Dios mío, ilustra y da inteligencia a los pequeñuelos*, creo deber detenerme en la explicación de estos misterios.—*Porque el Espíritu de la Sabiduría es misericordioso (Sap. 16)*, y se complace en encontrar un doctor benigno y diligente, que de tal suerte procure satisfacer a los estudiosos y entendidos, que no se niegue por eso a la instrucción de los que tienen más cortos talentos. La divina Sabiduría nos asegura (*Eccli., 24, 31*), que *tendrán por premio la vida eterna los que se ocupen en aclarar su celestial doctrina*; galardón de que, ciertamente, no quisiera quedar privado... Y como por otra parte hay aquí a veces grandes misterios ocultos hasta en las cosas que parecen más sencillas y claras, no será inútil hablar de ellas aun a los más instruídos e inteligentes».

Es indudable que una verdadera declaración de estas palabras divinas, además de dar «entendimiento a los pequeñuelos», puede ilustrar y animar a muchos ya «adultos en Cristo», o que se tienen por tales, haciéndoles ver con claridad no pocas verdades de la vida mística que en gran manera les interesan, y suelen andar muy desfiguradas u oscurecidas de algunos siglos a esta parte.—Así esperamos en la divina misericordia que estas declaraciones sirvan de confirmación y complemento a cuanto hemos dicho en la *Evolución mística* y sobre todo en las *Cuestiones místicas*, y contribuyan a excitar en muchas almas los santos deseos de entrar en íntima comunicación con Dios, de buscar el tesoro escondido de su reino, que está en nuestros mismos corazones, de poseer la margarita preciosa de su inestimable amor, y alcanzar aquella altísima sabiduría que a todos se ofrece y a todos invita con sus inefables comunicaciones. (*Prov. 8-9; Is. 45, 1; Mt. 11, 28-29; Joan. 7, 37; Apoc. 21, 6; 22, 17*).

Muchos son, en efecto, los que no cuidan de procurarse estos divinos favores, porque no saben apreciarlos ni hallan quien se los dé a conocer ni los anime a entrar resueltamente por las hermosas sendas de la justicia y las encantadoras vías de la prudencia y de la santa dilección. Mas al ver en este sublime *Cántico* tan al vivo ex-

presadas las ardientes ansias de la mística Esposa, ¿cómo podrán menos de inflamarse en otras parecidas y clamar, en unión con ella, por Aquél que con su divina fragancia arrastra en pos de sí a todas las almas sencillas y puras y cautiva a *todos los rectos de corazón*? Y si tantos siglos antes de la encarnación del Verbo así mostraron amarle y desearle los antiguos justos, ¿cómo deberemos corresponderle nosotros, después de haberle visto en la tierra conversar con los hombres y colmarnos de gracias?

¿Qué deberá, pues, hacer ahora toda alma sinceramente cristiana, viendo ya realizados estos portentosos misterios y palpando por decirlo así los prodigios del amor que Dios le manifiesta al querer encumbrarla a estas inconcebibles alturas, tomándola ya desde el bautismo nada menos que por hija y por hermana y por esposa?... ¿Qué hará para corresponder a tanta generosidad y con qué ansias procurará disponerse para llegar a ser digna esposa del Verbo? ¿Qué menos podrá hacer que temerle y reverenciarle y desagraviarle y amarle de todo corazón, y procurar complacerle en todo, siguiendo fielmente sus caminos, y servirle con todas sus facultades y fuerzas? ¿Y qué menos podrá El exigirle? Esto es, efectivamente, lo que ya exigía en la antigua Ley diciendo (*Deut., X, 12*): *Et nunc Israël, quid Dominus petit a te, nisi ut timeas Deum tuum, et ambules in viis ejus, et diligas eum, ac servias Deo tuo in toto corde tuo, et in tota anima tua?*...

Mas ahora en esta nueva Ley de amor, después que así se nos mostró tan «lleno de gracia y de verdad para que de su plenitud podamos todos recibir», y que se dignó manifestársenos con la gloria propia de Unigénito del Padre, para ganar todos los corazones y encender en su divino fuego toda la tierra, ¿cómo podremos menos de amarle y desearle con toda el alma, clamando y suspirando siempre por El, y sin poder vivir sino en El y de El mismo?—Si, en suma, ya en el Antiguo Testamento con tantas ansias era deseado, cuando aún le veían tan sólo como entre sombras y tan de lejos, ¿cómo lo desearemos nosotros viéndole tan de cerca y en su realidad encantadora?...

¡Entonen, pues, con gran entusiasmo las almas fieles este sublime y siempre nuevo cántico de amor, y con sus fervores compensen de algún modo las frialdades, indiferencias y desdenes con que tantas otras corresponden a las infinitas bondades del Amador divino!...

Salamanca, día del dulcísimo Nombre de Jesús, Enero de 1918.

FR. J. G. ARINTERO, O. P.

Luz propia

Quando el carro de la aurora,
Que conducen los amores,
Derrama luz en las flores
Y Apolo los campos dora,

Diana, escondiéndose, llora:
Sus argentinos fulgores
No lucen sus esplendores
En la región donde mora.

Con quien la luz le prestara,
Diana no puede luchar.
Quien de otro poder tomara

La luz que haya de emplear,
Es fácil que le faltara
Cuando la quiera ostentar.

Francisco de Francisco.

Salamanca 30 Mayo. San Fernando, rey.

Gloria cierta

La soberbia y vanidad humanas
Impacientes y locas, ambicionan
Esas glorias que tanto se pregonan
Que no pasan de ser glorias tan vanas!

Son glorias que los hombres confeccionan
Sobre base de térreas peanas
Que se yerguen, ilusamente ufanas,
Y ante soplo sutil se desmoronan.

Una sola es la gloria verdadera:
De las virtudes va la gloria en pos;
No vive en ella la pasión artera.

Única es esta gloria entre las dos:
¡La que guía la fe do el alma espera!
¡Esa es la gloria que nos lleva a Dios!

Francisco de Francisco.

Salamanca, 1.º de Junio.

¡El Cielo!

Mansión divina do las almas puras
Tienen eterno, señorial reposo.
Fuente de bienes que el divino Esposo
Consagra a las humanas criaturas.

Espacio impenetrable y misterioso,
Que la mente coloca en las alturas
Del supremo existir; cuyas dulzuras
Forman un existir tan venturoso.

Reino de majestad grande y sublime!
Siendo bella, como es, Naturaleza,
En ella el alma, cabe el cuerpo, gime,

Fin remediarlo tan sin par belleza;
Y, sólo cuando el alma se redime,
La vida eterna para el alma empieza.

Francisco de Francisco.

Salamanca, 1.º de Junio.



VALOR REPRESENTATIVO DE LA MÍSTICA ESPAÑOLA (1)

Yo creo que si se preguntara a los grandes místicos qué ciencia habían estudiado, para saber lo que saben, contestarían, todos a una, que «la ciencia hincha», y que «sólo el Verbo tiene palabras de vida eterna».

Los místicos, en efecto, han aprendido palabras *vivientes*, nada *científicas* si se quiere, pero *sabias*, en el sentido de que *saben*, de que pueden *saborearse* mejor que todas las fórmulas abstractas de la filosofía o la teología especulativas.

De los cinco *hábitos* del alma que admitía León Hebreo uno era *ciencia* y otro *sapiencia*. Y decía que el primer conocimiento del *pan* hace que lo ame el que tiene hambre, y el segundo, el verdadero conocimiento unitivo, es cuando, en acto de amor, se gusta, se *saborea*. Este es el sentido del *saber*, de la *sabiduría* que se contiene en la mística. Podríamos decir, en el lenguaje de Schopenhauer, que es cuando la *cosa en sí*, tiene *conciencia de sí misma, en nosotros*.

Es decir, que se trata de un conocimiento sabroso, un gusto, o mejor, un buen gusto a lo divino, como hay un buen gusto artístico, o literario, que vale más que todas las fórmulas y recetas de la *Estética* especulativa.

Este concepto de conocimiento *afectivo*, es fundamental para el estudio de los místicos. Con él se explican multitud de frases paradójicas, que desconciertan a los no iniciados.

Si la filosofía es un deseo de saber, la mística es su complemento, su teorema recíproco, un saber de deseo. Un pensador antiguo decía que él no era *sabio* ni era *ignorante*, era *filósofo*. Porque el primero ya sabe, y el segundo ni sabe, ni desea saber. La filosofía

(1) Conferencia leída en el Ateneo de Madrid el 14 de Mayo del año actual.

es más bien un anhelo que una posesión, quieta, satisfecha, como la del hombre que posee una ciencia y sobre todo que la *utiliza*.

Bergson dice bien que la tendencia del intelecto no es la de *saber* sino la de *conocer* para *utilizar*.

El desinterés en cambio del saber filosófico es muy semejante al del saber artístico.

Yo creo que no es difícil ver esas cualidades de la filosofía y del arte, en el saber de los místicos.

Modernos pensadores (Boutroux) se preguntan si las ciencias no tenderían a hacer inútil la razón. Es decir que en el límite, el conocimiento científico llegara a tal utilidad que la razón quedara sin objeto.

Los matemáticos pueden dar fe de haber experimentado el *ahorro de pensar* en la aplicación de los procedimientos algebraicos. En este sentido puede decirse que una *máquina de calcular es ciencia* que ha realizado su objetivo. Hay algo en la ciencia, por lo tanto, que tiende a *mecanizarse*.

En cambio la filosofía, en su evolución, tiende hacia la *vida*. *Sophía* para el filósofo es la inteligencia en contacto con el ser viviente, como para el místico la gustación del pan.

Los místicos *vivifican* las verdades, sienten y experimentan los secretos inefables de una fe superior a la razón, pero no condenan la razón como los *pietistas*; Menéndez Pelayo tuvo una frase feliz cuando dijo que en la *Mística* cristiana hay una porción de análisis psicológicos que están allí *a la manera de andamios*. Los andamios son, en efecto, lo *útil*, la ciencia; lo que se va edificando con ellos es el arte, las agujasafiligranadas de la Catedral de Burgos, sin aplicación práctica, sin casi materia, aéreas, penetrantes, en el cielo azul, como un deseo de saber.

Y no han necesitado los místicos la experimentación de la fracasada psicología positivista con sus balanzas y compases para medir el alma, ni más laboratorio que el que está dentro de nosotros mismos para hacer la historia más completa que se ha hecho de la vida del espíritu. Un psicólogo contemporáneo, Claparède, hecha de menos para la psicología de la inteligencia, antes que científicas clasificaciones sobre los principios racionales y las leyes del pensamiento... una modesta descripción de lo que pasa en un espíritu que piensa, que busca... Ciertamente, si no hubiera existido Santa Teresa, habría que inventarla. Porque habrá pocos buceadores del *hondón* de nuestro espíritu como nuestra gran castellana.

Tengo, para mí, que si se tradujeran al lenguaje científico moderno, de *hipertensión de la energía vital*, de *cinestesia supernormal*, etc., muchos fenómenos observados por los místicos en la *gracia* serían una revelación para la psicología. El problema no sería insólito, ya se ha resuelto, en orden inverso.

El *Areopagita*, sea quien fuere, la autoridad más antigua entre los autores de mística, hizo suyos los conceptos paganos de Plotino y de Porfirio, *bautizándolos* en las aguas de la teología cristiana.

Hay que tener, es cierto, para estas traducciones una libertad de espíritu elevada. No son traducciones literales, son traducciones libres. Aquí como en todas partes, la letra mata. Si Santo Tomás no hubiera interpretado *piadosamente* las expresiones poco inteligibles del *Areopagita*, para las mentes escolásticas, muchas frases del autor de mística estarían calificadas de *panteistas*, y aun hoy algunas de ellas, citadas aisladamente sin la explicación del *contexto*, tendrían para muchos ignorantes sabor heterodoxo.

En cambio la clarividencia de los místicos puede llenar de sentido religioso las fórmulas más o menos láicas de una filosofía pagana, y sacar de ellas todo el fruto sabroso de verdad que contienen, aunque vengan envueltas en la cáscara amarga de cualquier error.

Un psicólogo francés, Godfernaux, en un trabajo muy interesante sobre la psicología del misticismo (*Revue Philosophique*. Febrero 1902) se lamenta de que los filósofos hayan menospreciado el estudio del estado afectivo y que haya sido monopolizado por los teólogos. La frase, que encierra una triste verdad no es exacta del todo. No son los teólogos, especulativos y profesionales, son los místicos, los del saber experimental, los que han acopiado (sin abuso de monopolio alguno) toda la ciencia afectiva en una alta acepción.

Un caso típico citaba Godfernaux, que el *Padre Avrillón*, religioso mínimo, había estudiado, allá por el año 1706, hasta 52 matices en el amor divino, los cuales, nuestros poetas y novelistas de hoy van rehallando, paso a paso, no atribuyéndolos a Dios, por supuesto.

Tan es así, ciencia del afecto, la filosofía mística, que ha ocasionado entre sus doctores una disputa perdurable: si es obra *intelectual*, o es *afectiva*, exclusivamente.

La escuela franciscana, con San Buenaventura, se inclina por lo segundo; la dominicana, con Dionisio el cartujano por lo primero; y una escuela ecléctica, con Fr. Miguel de la Fuente, carmelita, trata de conciliar las dos opiniones.

El libro del P. La Fuente, titulado *De las tres vidas del hombre* (1710) con ser, en opinión de Menéndez Pelayo la mejor *Psicología mística* escrita en castellano, no resuelve a mi entender el problema.

Yo creo, con la escuela franciscana que se trata de un *conocimiento afectivo*, obra de la voluntad.

La objeción más fuerte es la de San Agustín: «no hay amor sin conocimiento»; pero es que el conocimiento místico es amor. Es como decíamos al principio la gustación del pan.

«Todo el toque de la mística»—dice en su hablar castellano Fray Juan de los Angeles—«está en que el entendimiento calle, y la voluntad goce». Los bienes finitos—pensaban ya los pitagóricos—primero los conocemos que los amamos. Y observaba certeramente San Pablo: «deberíamos aborrecerlos primero que conocerlos».

En cambio, del bien infinito, de Dios, lo que no alcanzamos (a conocer) de El nos obliga más a amarle, dicen profundamente los místicos.

Luego no es necesario un conocimiento previo para el amor en su más alto sentido. Las cosas que valen más que nosotros mejor es amarlas que entenderlas, dice nuestro Malón de Chaide. (No tengo más remedio que citar autoridades para una exposición auténtica del pensamiento de los místicos, y desearía no se viera en ello el mal gusto de un alarde de erudición).

Al absoluto no podemos llegar por la razón, dice la actual filosofía bergsoniana, sino por otra actuación del espíritu, por la fe acaso, por el sentimiento.

Y el Areopagita llamaba a la mística, *sabiduría irrazonable*, aunque es causa, decía, de todo entendimiento, razón, y sabiduría. Nuestro espíritu añadió en frase genial «nadando sobre las aguas de la razón» aprenderá todo lo que busca y desea.

«Aprender» a Dios,—no comprender—dice Fr. Juan de los Angeles. «Aspirar», con el espíritu, a Dios. He ahí otra palabra, «aspirar», llena de sentido místico.

Aspirando el olor de una flor la «conocemos», la «sabemos», mejor que si nos dice la ciencia que aquello es una corola *polipétala*, o un cáliz *gamosépele*. Yo desconozco, mejor diría, no quiero conocer, cómo clasificarán los técnicos una planta aromática, llamada cinamomo, de abolengo bíblico y oriental. Sólo sé que cuando aspiro su aroma balsámico la *conozco* íntimamente, y me evoca todo un ambiente de una vieja ciudad castellana, con las torres de su Catedral, y la clave musical de campanas, con los paseos de altos árbo-

les que sonaban tan bien allá arriba, en sus copas, y una fuente natural que cantaba su canción cayendo siempre el agua en el hueco de la piedra.

Todo eso me dice la planta en su aroma, en conocimiento afectivo.

Maravillosa ciencia, todo simpatía, como la *intuición* bergsoniana, un «saber que siente», y que dirige ciegamente a la acción.

El amor es también, en idea platónica, un *genio* que lleva el «buen olor», el *espíritu* limpio de los hombres a Dios. He ahí la explicación mística de la frase: morir «en olor de santidad».

León Hebreo comenta y hace suyo, prestándole su lenguaje, lo que dice Platón: «que el amor es deseo de revelar, de dar a luz lo hermoso, semejante al padre».

León Hebreo entiende que el padre de todo amor es lo *hermoso*, y la madre el *conocimiento* de ello. Por eso el amor, tiene en sentido escolástico la *materia* maternal, y la *forma* paternal.

Más adelante dice que el *amante* es la madre del amor, y el *amado* el padre. De aquí se deduce que para León Hebreo y su escuela mística, la *forma*, el alma del amor está en el objeto hermoso, no en el que lo ama.

Además, hay un amor *hijo* del *deseo* y cuando cesa la causa cesa el efecto; y otro, *padre del deseo*, y aun cuando cese el deseo no cesa el amor.

Pero dejemos estas especulaciones que nos conducirían a la «ciencia que hincha pero no edifica», y oigamos las palabras vivientes de los místicos experimentales.

«Júntate al eterno—dijo San Agustín—y participarás eternidad». «Ay de tí alma si andas errada en las huellas de tu Dios... y amas por El las señas que te está haciendo en todas las cosas». Yo no he visto en filósofo alguno un pensamiento más claro y más hondo al mismo tiempo de la significación de las cosas creadas como símbolos para las relaciones del hombre con la divinidad.

«Sírvele a Dios—añade—no para que te dé cosa alguna, sírvele de balde, y te dará a sí mismo».....

¿No convenís conmigo, en que tienen mucha más vida esas palabras que toda la ciencia de los teólogos especulativos profesionales?

Y no digamos nada de tantos llamados *manuales de devoción* como andan por el mundo, plenos de una ñoñez *seudomística* insupportable.

Yo estoy convencido, con Ganivet, que nuestra ciencia española, la que no es igual a la de todas partes, es nuestra mística. Lo que no creo, con el escritor granadino, es que la «rociada de sensualismo» que los africanos arrojaron sobre España fuera la flor que los españoles, como abejas, transformamos en misticismo, con nuestro espíritu cristiano de austeridad y de pobreza.

En primer lugar el sensualismo árabe no puede dar origen a un misticismo digno de este nombre.

Permitidme que os dé, respecto a este punto, la siguiente rápida impresión de mi visita a la *Alhambra*:

Hay, acaso, un misticismo árabe, un estado contemplativo de recogimiento interior; pero es un misticismo de visualidad. El «arabesco» habla a los ojos constantemente. La escritura sagrada del Corán se convierte en adorno, en tracería. En este símbolo está acaso la diferencia esencial del misticismo cristiano y de ese seudomisticismo musulmán. En el primero la Escritura es palabra de vida eterna, en el segundo es signo artístico, sugestionador, si se quiere, de visiones fantásticas.

La decoración polícroma de artesonados y zócalos de azulejos acaba por dar al sentido de la vista la satisfacción, hasta la hartura, de formas y colores inquietantes. No es impresión de reposo, es de ensueño. Reposo físico, pero inquietud para la imaginación.

No es así el misticismo castellano de la meseta de Avila, todo luz también, pero luz de aire libre, de llanura. Un horizonte ilimitado, de austeridad, de sencillez de naturaleza, sin complicación de color. Y sobre todo, una música interior, un cántico espiritual, que es en lo que consiste la Mística.

Es cierto que hay un misticismo cristiano, septentrional, el de Taulero, y Rusbrock, donde no aparece la luminosidad de la meseta castellana, sino el ciclo brumoso del norte; pero menos que nada hay arabescos y ostentaciones de visualidad.

En segundo lugar el místico es más que un asceta. Recuerdo que hace algún tiempo, vi en una Revista ilustrada de gran circulación, una magnífica portada en colores. Representaba una cabeza de estudio, de un anciano, enfermo, lamentable, triste. Y rezaba el título: «*Misticismo*».

¡Qué hubiera dicho nuestra alegre castellana, la Santa de Avila, la que dijo al lego pintor Fr. Juan de la Miseria: «Dios te lo perdone, Fr. Juan, porque después de lo que me has hecho padecer aquí, me has retratado fea y legañosa!».

Esa idea de tristeza y fealdad que tiene el vulgo ilustrado, de la mística, es una injuria.

Menéndez Pelayo consideró acertadamente a la mística en España, como la filosofía popular que dió a nuestra raza el pasto intelectual durante muchas generaciones. Ya sé que ha escrito un autor extranjero «muy siglo xix» que en efecto ha existido una ciencia y una filosofía españolas, pero que todo el talento del Sr. Menéndez Pelayo no podría demostrar que esa ciencia y esa filosofía españolas fueran de alguna importancia. De las ciencias físicas o experimentales no digo nada; de la filosofía hablaremos después.

Otra idea que se tiene de nuestros místicos, españoles especialmente, es que están obsesionados por el temor a la muerte.

Nada más erróneo. Basta una frase de Santa Teresa: «Que muero, porque no muero» para deshacer ese contrasentido.

Un escritor español, «muy siglo xx», Ortega Gasset, que no ha tenido miedo en ser llamado reaccionario, dando certeros golpes contra la superstición del «progreso», dice muy bien que «el hombre no puede vivir plenamente si no hay algo capaz de llenar su espíritu hasta el extremo de desear morir por ello». Todos los místicos dignos de este nombre, han manifestado con expresiones enérgicas el deseo de morir por lo que llena su espíritu, que es Dios.

He ahí una cultura donde las ideas tienen eficacia para arrebatarse los corazones. Ya vale la pena de estudiarla, y de revivir esas ideas que en España han florecido de una manera espléndida.

Tiene además un atractivo estético el *idearium* del misticismo, es el «poético filosofar de la Academia, no la oración disciplinal del Liceo». El elemento artístico convierte la filosofía en una especie de *poética teosofía*, donde el *mito*, el *símbolo*, la *alegoría* parecen el lenguaje único de esas concepciones. Raimundo Lulio, en el «Libro del amigo y del amado», León Hebreo en los *Diálogos del Amor*, son un ejemplo típico.

Después, por otro estilo artístico la filosofía del misticismo llega en Malón de Chaide (La Conversión de la Magdalena) y en Nierenberg (Tratado de la hermosura de Dios) al límite de una retórica, que hace pensar en aquello de «cómo creer que sientes lo que dices, oyendo cuán bien dices lo que sientes», que en asuntos de amor, los discursos muy concertados, no suelen ser los más sinceros.

Entre esos extremos está el arte prócer de la mística española, en Santa Teresa, y San Juan de la Cruz, geniales, maestros los dos. La primera es «la elegancia misma» en el decir (como afirmó Fray Luis de León).

San Juan de la Cruz es el poeta de la mística.

Fr. Juan de los Angeles es el expositor de la doctrina, en su lenguaje clásico, nutrido de autoridades divinas y humanas.

Los tres nacidos en tierra de Avila, tierra de místicos, son los representativos de la mística castellana.

La nueva Biblioteca de autores españoles ha tenido un acierto al editar las obras del P. Juan de los Angeles. No pudo decir lo mismo de un tomo titulado de *Autores místicos*, en los que figuran Fernando de Talavera, Alejo Venegas, Francisco de Osuna y Alonso de Madrid. Son autores más o menos ascéticos, y nada más, no tienen nada de místicos.

Con mayor espacio y holgura de lo que permite una conferencia, yo presentaría textos comparativos de los autores que cito, probando con ejemplos mi opinión sobre ellos.

Voy solamente a citar, seleccionadas, unas frases típicas, reveladoras de cómo nuestros grandes místicos han dominado su ciencia, la ciencia española, con su decir incomparable.

Tretas, o cautelas para rendir a Dios titula Fr. Juan de los Angeles un epígrafe. Y dice: la 1.^a *levantarlo en alto* (esto es, ensalzar a Dios y humillarnos nosotros); la 2.^a *dar traspie* (que se traduce en quitar el fundamento, que es el pecado, sobre que estriba cuando lucha con nosotros); la 3.^a *cansarle, rendirle* con ruegos perseverantes; la 4.^a *arrojarse, dejarse caer sobre El* (que no es cruel para que hurte el cuerpo y te deje hacer pedazos).

Difícilmente podrá hallarse otro ejemplo de ideas tan espirituales y misteriosas como las del amor divino, traducidas a un lenguaje de tanta fuerza expresiva, que se mete por los ojos.

Es de notar que siendo tan frecuente encubrirse la ignorancia con la armadura de una terminología intraducible, para deslumbrar, aquí se presenta a pecho descubierto el saber, envuelto en palabras del léxico corriente y popular. Ya es una prueba de sabiduría de buena ley, a carta cabal.

El abandono de sí mismo, el renunciamiento del yo, que está en la base de la mística cristiana, y que es objeto de largas disquisiciones filosóficas en muchos autores, Fr. Juan de los Angeles lo aclara con un ejemplo. «Una rama viva no se deja labrar bien». ¿Qué escultura, en efecto, puede modelarse en una madera, que quiere informarse a su modo, conforme a su vida propia? Ha de morir a su savia de origen, y vivir para el espíritu nuevo que le infunde el escultor.

Santa Teresa completa la idea con su admirable símil del gusano de seda y la mariposa blanca.

El gusano de seda de nuestra alma—dice—comienza a labrar el capullo donde ha de morir, fabrica su morada, y es Dios esa morada. Pero no quitamos ni ponemos nada de Dios sino «quitamos de nosotros mismos» como el gusano, el amor propio, la voluntad propia. Y una vez muerto el gusano de nuestra alma al mundo, en el capullo de la morada de Dios, sale una mariposa graciosa y blanca que no sabe dónde posar y hacer su asiento en la tierra, porque le han nacido alas...

Otro símil notable es el de San Juan de la Cruz hablando de los dos *lazarillos de ciego* de nuestra alma que son la *fe* y el *amor*. Hay que notar cómo siempre suele representarse ciego el *amor* y con los ojos vendados la *fe*. Y el gran místico español los considera *videntes* con una visión espiritual, por *lazarillos*, en un mundo donde los ojos materiales no tienen nada que ver.

Y para terminar de algún modo de espigar en terreno no poco atrayente, citaremos la significación mística de lo que es «pobreza de espíritu». ¡Qué diferente del sentido de menosprecio que le da el lenguaje profano y vulgar!

El pobre de espíritu, dicen nuestros místicos siguiendo a San Agustín, es el que va vaciándose de sí mismo, empobreciéndose del aire de su vanidad, del *espíritu* de lo que no es, para irse llenando de lo que es, o mejor dicho, para que Dios lo vaya llenando de sí, una vez que lo ha hallado vacío de vanidad.

¡Ya vale la pena no estar lleno de aire de vanidad, y ser pobre de espíritu, de nadería!

Pero el más alto sentido expresivo de la mística está en la forma poética.

Glosaré solamente tres modelos.

Se trata del *Dios ignoto* que le sirvió de tema a San Pablo para su discurso del Areópago de Atenas: «Ciudadanos atenienses, echo de ver que vosotros sois excesivos en todas las cosas de religión. Porque al pasar, mirando yo las estatuas de vuestros dioses, he encontrado un altar con esta inscripción: *al Dios desconocido*.

Pues ese Dios que vosotros adoráis sin conocerlo es el que yo voy a anunciaros». Toda la sustancia de la teología católica está en ese discurso.

Oigamos a San Juan de la Cruz, en su canción al *Dios desconocido*:

«Adónde te escondiste, Amado, y me dejaste con gemido? Como el ciervo huíste, habiéndome herido. Salí tras tí clamando, y ya eras ido.

Pastores, los que fuerdes, allá por las majadas al otero, si por ventura vierdes Aquél que yo más quiero, decidle que adolezco, peno, y muero»...

La declaración que va haciendo después de cada verso es una maravilla. Muestra cómo dónde está escondido Dios es en el interior del alma. Y que al buscarlo por todas partes, el alma tiene que *salir de todas las cosas*, y entrar en sí misma, donde halla la *sustancia de los secretos*, la sustancia de la fe. Y aquí se vuelve a hallar esa idea profundamente paradójica de los místicos:

«Nunca quieras satisfacerte en lo que entiendas de Dios, sino en lo que no entiendas de él».

«No quieras enviarme de hoy más ya mensajeros, que no saben decirme lo que quiero».

Toda la teología de San Pablo en su discurso del Areópago, quizá esté contenida en esa *Canción*.

Santa Teresa expone la misma idea en aquella glosa que dice: «Alma buscarte has en Mí, y a mí buscarme has en tí».

Finalmente, hay unos versos atribuidos a la misma Santa, que si no son de ella son dignos de serlo.

Todo aquel libro del P. Avillón que citábamos al principio, con sus 52 matices del amor, está contenido en esas pocas estrofas de un místico español, quien quiera que sea.

Se titulan «Los caracteres del verdadero amor», y tiene un epígrafe sumamente delicado que dice: «Oye, corazón mío, te diré lo que es amor».

En resumen: con toda la modestia que requiere mi falta de autoridad de un nombre consagrado; pero con toda la seguridad que da una convicción sentida yo sostengo, que el conocimiento afectivo es una filosofía, acaso la más elevada; que la mística universal cristiana ha acopiado los elementos de esa filosofía, y que la gran mística española, de la meseta castellana, ha encontrado el lenguaje definitivo para esa alta, y clara, filosofía del amor.

Y concluyo. En la filosofía de Bergson se leen estas frases: «A medida que vamos penetrando en estancias más retiradas de nuestro castillo interior, vamos siendo más nosotros mismos acercándonos a lo incomparable, lo inefable de nuestra personalidad». «En lo más hondo de ella somos nosotros lo que realmente somos, de don-

de surgen los actos plenamente libres... algo totalmente nuevo ha sucedido en el universo».

Será opinión mía, equivocada acaso, pero yo creo firmemente que esas ideas de filosofía contemporánea, las he visto confirmadas con otro lenguaje en nuestra mística española del siglo xvi.

De modo que si en el extranjero nos concedían ya una ciencia española, aunque sin importancia en el mundo de las ideas, por... ¿cómo lo diríamos?, por lo *mística*, contestaríamos con el mismo Bergson: «la inteligencia sólo está dispuesta para comprender la materia».

La vida del espíritu hay que vivirla como la han vivido los grandes místicos.

Y ya vale la pena, en el mundo intelectual, de conocer, siquiera de oídas, lo que esos grandes buceadores han encontrado en el hondón de nuestra alma.

Juan D. BERRUETA.



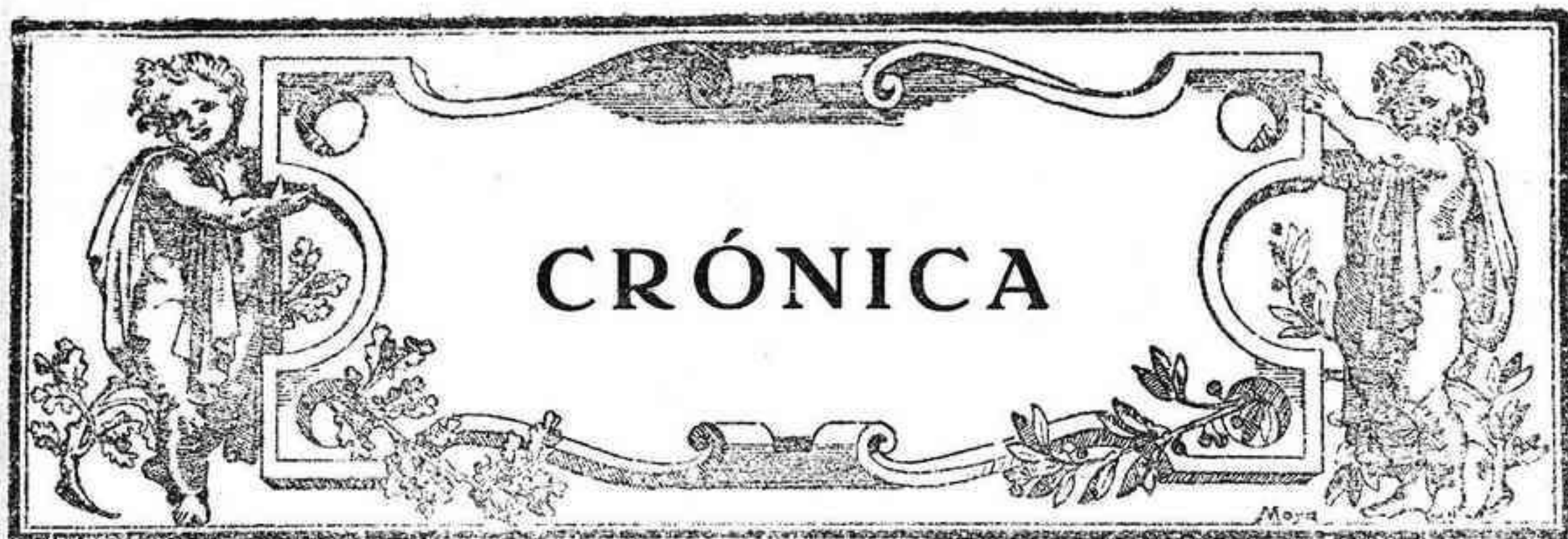


HUMILDE PODEROSO

*¡De Sahagún, Espíritu glorioso,
lo incierto de la vida no te aterra!
¡Traes luz de los cielos a la tierra,
para ser, el humilde poderoso!
Apaciguas los Bandos, cuya guerra
fomentaba, raquítico y celoso,
el espíritu ruín y ponzoñoso
que en almas nobles, infeliz se encierra.
A Salamanca, ínclitos favores
has otorgado, por tu santa mano.
Llegue tu caridad a otros mayores:
Ejerce tu dominio soberano.
Y suceda la paz a los horrores
que fomenta el corazón insano.*

Francisco DE FRANCISCO.

Salamanca 5 Junio 1918.



Fiestas en Alba de Tormes.—Con gran esplendor se ha celebrado un solemne triduo en honor de la Beata Ana de San Bartolomé (secretaria y enfermera de Santa Teresa de Jesús), los días 24, 25 y 26 de Mayo, en el templo basilica de MM. Carmelitas, con el orden siguiente:

Días primero y segundo. A las diez y media, misa solemne con Su Divina Majestad expuesto, cantada a tres voces de Perossi, y por la tarde, rosario, ejercicio del triduo e himnos a la Beata Ana, del P. Manuel del Santísimo, y letra propia de la misma Beata, y reserva.

Día tercero. A las ocho de la mañana, misa de comunión para impetrar del Señor la paz. A las diez, misa solemne a cuatro voces de Gorriti y por la tarde, además del ejercicio e himnos indicados, se cantó el *Te Deum* y *Tantum ergo* a cinco voces, del P. Manuel del Santísimo.

Los sermones de las tres tardes estuvieron a cargo del R. P. Fr. Gabriel de Jesús, Carmelita descalzo de residencia en Madrid; y el de la misa del tercer día del triduo, a cargo del R. P. Maestro Fr. Juan González Arintero, Dominicano de San Esteban de Salamanca, estando muy elocuentes.

La dirección de la capilla estuvo a cargo del R. P. Lorenzo, organista de Salamanca, y la ejecución de órgano se encomendó al R. P. Manuel, organista de esta villa.

Los cantores, que estuvieron a gran altura, fueron D. Félix Cueto, reverendo P. David, Juanito Quintero, tiple de voz encantadora, y sobre todo el muy reverendo P. Prior de este convento Fr. Fulgencio de Jesús Crucificado, que cumplió de un modo admirable en el papel de bajo en todas las obras de arte.

El primer día el altar estuvo a cargo del Arcipreste de esta villa, acompañado de los sacerdotes de la misma; el segundo a cargo del R. P. Provincial de los Carmelitas y el tercero por los PP. Carmelitas de esta villa.

— — —

Visitas y peticiones a Santa Teresa durante el mes de Mayo.—Manuel Castro.—Arturo Iglesias.—María Sánchez.—Martina Castro.—Teresa Rodríguez

Querida Santa Teresa: alcánzame de Jesús el verdadero amor a El, a imitación del que tú le tuviste y una bendición especial para mi querida Congregación, y especialísima para cada uno de los miembros de la Provincia de Castilla. No te olvides tampoco de mi querida familia; haz que todos consigan la salvación eterna. Te lo suplica tu devota, Sor Susana Lazumbe.

Sor Paulina Reta.

Santa Teresa: concédeme lo que te pido, este tu devoto, Carlos Surueña.

Sor Concepción Amigo.

Santa Teresa: en el día de hoy te pido que me decidas en mi estado en este año. Filo Domínguez.

Santa Teresa: dadnos salud y suerte en este mundo y algo de tu gloria en el otro, a mis hijas, a mi esposo y a todos los míos.— Carmen Bueno.

Rita Hernández de Iglesias.—María Teresa Iglesias y Hernández.—María Teresa del Carmen Bautista.

Te encomiendo las intenciones de las MM. Escolapias de Carabanchel alto y las mías particulares.—F. Martín

Agueda Martín.

Te pido la colocación de mi hermano si nos conviene.—Elías.

Te pido el alivio del alma de mi esposo.—Daría.

Gregoria Prieto.

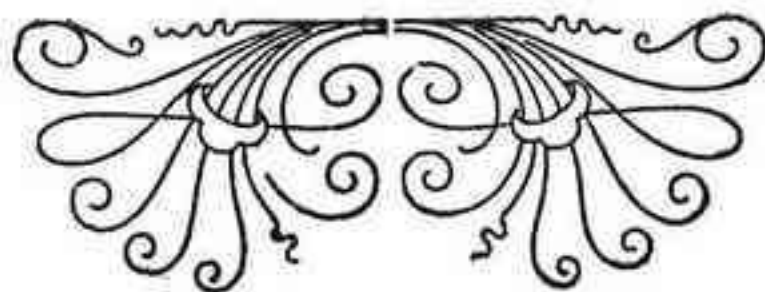
Te pido, Santa Teresa, que hagas que no vuelva a tener los pechos malos y me des salud a mi marido y mi hija; gracias, querida Santa.—G P.

Santa Teresa de Jesús: proteged a mi familia, mi pueblo, el pueblo en que vivo, mis compañeros en el sacerdocio y cubridme con vuestro manto, tan valioso, durante la vida y especialmente en el trance de mi muerte.—Gerardo Quesada Herrera, presbítero.

Mi deseo que tenía de visitaros cuanto antes y que en la ocasión presente la encuentro muy oportuna, la cumplo gustoso pidiéndoos que intercedáis para con Nuestro amado Redentor Cristo Jesús, que le sirva con fidelidad y constancia en esta vida y así pueda alcanzar el reino de los cielos.—R. Rodríguez Roncero.

Santa Teresa de Jesús: vos, Madre que tanto amáis a vuestras hijas, me améis a mí también como una de ellas, que yo también quiero amaros como a madre; y os pido tan sólo por el amor tan grande que tuviste al Señor en la tierra, em otorgues el entrar en la casa que vos fundásteis para que yo pueda amarte y servirte en la tierra y llegue a amarle también en el cielo; así sea.—María Cruz Hernández.

Francisco del Ossío.—Joaquín Pérez.



DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASILICA EN ALBA DE TORMES (1)

	<u>Pesetas</u>	<u>Cts.</u>
<i>Suma anterior</i>	25.412	10
De una devota de Santa Teresa, hija de Alba de Tormes, por la gracia que desea (A. M.).....	5	»
	<hr/>	
TOTAL	25.417	10

(1) Se reciben en el Palacio episcopal, oficinas de Secretaría.